

La Novela Gráfica

Nº 38. 25 ct.

LA ARREPENTIDA

por Genoveva Felix

AÑO II

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 88

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla del Centro, 80, 1.º

Teléf. 4656 A.—BARCELONA



Talleres Gráficos propios

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA

Sale los jueves

GRAND' MERE 1924

LA ARREPENTIDA

I

CADA tarde, cuando había terminado de recoger la mesa y tenía ya limpios los platos, Isabel Marlet, la esposa del capataz primero de las famosas fábricas Hercklés, primeras productoras de motores de explosión en la industria francesa, se sentaba ante la ventana, tomaba una revista ilustrada, un "magazine", un periódico cualquiera en el que hubiese fotografías del gran mundo, y después de extasiarse en la contemplación de los ricos plumajes, de las alhajas, de los tocados, de las alfombras, exhalaba un hondo suspiro, ocultando una lágrima furti-

va, volvía a coger el pedazo de lienzo que había dejado horas antes para empezar a hacer la comida a su marido y, casi de bruces sobre la máquina de coser, emprendía nuevamente su dura labor de confeccionadora de ropa blanca hasta la hora de hacer la cena...

—Paciencia, hijita — murmuraba cerca de ella una voz apacible, serena, como llegada del otro mundo—. Espera... Tal vez no estás lejos de esa vida de comodidad y de lujo que tanto ansías...

Era la madre de Marlet, mujer ya anciana, cuyo rostro sólo respiraba amor y bondad, y a quien todo el mundo en la casa llamaba "la abuela", por la dulzura de su carácter. Ella, a pesar de sus años, ayudaba todavía a las faenas de la casa, cuidaba a los dos hijos del matrimonio, Amalia y Pedrín, que parecían llevar a aquel hogar modesto, tal vez demasiado modesto, la alegría de una mañana de primavera, y esto, siempre resignada, sin que de sus labios se escapara nunca ni un suspiro, ni una queja, ni una frase que no fuese dicha en aquel tono apacible que desarmaba a todo aquel que la oía. Cuando Isabel se lamentaba de la poca suerte de su marido, hombre, no obstante, muy inteligente y laborioso, pero que sólo había podido llegar a ganar un jornal que la carestía de la vida hacía insuficiente a cubrir las necesidades de la casa, era "la

abuela", siempre, la que hacía amainar el temporal.

—No le culpes, Isabel... Bien sabes que Pedro no es vicioso, que trabaja mucho, que estudia y que, por encima de todo, te quiere mucho... Si hasta ahora no hemos tenido más suerte, ha sido porque Dios, cuya bondad es infinita, no debe haber creído todavía llegado el momento... Pero, mira: si un día Pedro llega a poder desarrollar la idea de ese motor que ha inventado, seremos todos ricos y felices, y nada nos faltará... Trabaja con fe, y sobre todo, quíerele mucho, que él es bueno y también te ama...

Pero Isabel soñaba siempre con aquella vida de salones, de lujo y de exhibición que nunca había llegado a conocer... Cuando por la mañana, pasaba por delante de la casita en que vivían el automóvil de Carlos Valauris, propietario de los talleres, en que trabajaba su marido, ella no podía por menos que contemplar el vehículo con cierta envidia, mezclada de profunda melancolía. Y Carlos, muchacho joven, amigo de las aventuras, le sonreía, y se detenía muchas veces ante el balcón de la casa mucho más de lo que hubiese sido necesario, como intentando forzar la barrera de aquella virtud que ya empezaba a tambalearse, incitándola a la huida, al pecado, al adulterio...

—Buenas noches, abuelita... ¿No ha llegado todavía Pedro?

—No, señor, pero no puede tardar. Son las seis y media.

Aquel hombre era Roque Martín, el único amigo de Marlet, compañero suyo de trabajo en la misma sección asignada a Pedro. Era soltero y vivía en una pensión cercana a la fábrica. No se le conocían vicios, ni frecuentaba tabernas, ni iba nunca a la ciudad. Su única distracción era la pesca con caña, por la que sentía una verdadera pasión.

La abuela no se había equivocado. Momentos después llegó Pedro, dando muestras de la mayor alegría. Abrazó a todos los circunstantes y, después, dirigiéndose a su mujer, la dijo:

—¡Estamos de enhorabuena! Hoy me ha llamado el director de la fábrica, preguntándome si era verdad lo que le habían dicho, respecto al motor. Me ha prometido venir mañana aquí para examinar los planos del motor...

En el semblante de Isabel se pintó cierta sorpresa angustiosa.

—¿El señor Valauris va a venir aquí? —interrogó.

—Sí... ¿Te sabe mal? ¡No te preocupes, que no es hombre de etiquetas ni mucho menos!

¡Al contrario! Es muy demócrata con todos, ¿verdad, Roque?

Martín asintió con la cabeza y después, como si acabara de experimentar una duda, preguntó a Pedro:

—¿Tienes registrada la patente?

—Naturalmente — repuso la abuela, adelantándose a su hijo—. ¡Buenos dineros le ha costado! Casi todas las economías, ¿verdad?

—En efecto — repuso el interpelado.

—De todas maneras, no te fíes mucho de ese pájaro, ¿eh? A mí no me gusta nada...

—Yo creo que hallará bien la idea.

—¡Tienes razón! No me había acordado... Isabel, mujer de temperamento excesivamente imaginativo, ya planeaba su futura vida y la de los seres que la rodeaban. Pedro Marlet, menos optimista, pasó muchas horas desvelado. A la mañana, antes de la hora del trabajo, se levantó sigilosamente y, gozoso como un chiquillo marchó a comprar flores para su mujer, pues el día siguiente era su cumpleaños.

—¡Qué contenta estará mamá! — dijo el pequeño Pedrín al verlas—. ¡Con lo que a ella le gustan las flores!

El sonido del timbre sobrecogió a todos de alegría y de emoción. No había duda: el que llamaba no podía ser otro que Carlos Valauris.

Así era, en efecto. Con hipócrita sonrisa, aquel hombre falaz que llevaba de antemano trazado su plan, saludó a los presentes, lanzó una significativa mirada de desprecio sobre el ajuar, dió la mano a Isabel, reteniendo la suya largo rato y se sentó ante la mesa con mucho cuidado de no alterar la corrección de su traje, para contemplar los famosos planos.

—¿Tiene usted registrado el invento? — preguntó, dando una rápida ojeada a los primeros modelos.

—Sí, señor.

—¡Qué lástima!...

—¿Cómo? — interrogó Pedro, sorprendido.

—Qué lástima de gasto inútil — dijo friamente Carlos Valauris, reprimiendo su disgusto por haber desenmascarado sus baterías antes de tiempo—. Su idea es ingeniosa, pero, desgraciadamente, parte de un punto falso. Prácticamente, su motor es irrealizable.

Marlet, Isabel y la abuela se contemplaron, llenos de sorpresa y de consternación. ¡Todas sus ilusiones, todas sus esperanzas, todas sus ansias se venían abajo! Valauris, afectando la mayor indiferencia, se puso en pie, volvió a estrechar la mano de su capataz, saludó a Isabel y a su suegra y se despidió, dejando sumidos a todos en la mayor de las amarguras.

—¡Para mí no hay esperanza de redención! — sollozó Isabel—. ¡Siempre condenada a vivir entre estas cuatro paredes, trabajando como una negra, arrastrando esta existencia miserable!

Y ante la muda quietud de su hijo, que no sabía como contestar a su mujer, la abuela volvió a insistir, con su eterno optimismo:

—No hay que descorazonarse, hijo mío... La opinión del señor Valauris no es infalible... También puede haberse equivocado...

II

AQUELLA noche, que precisamente Pedro estaba de servicio en la fábrica, en donde se había dispuesto un turno extraordinario para terminar unos pedidos urgentes, Valauris, dispuesto a llevar adelante su plan de conquistar a Isabel empezó a rondar por las cercanías de la casita en donde vivía el capataz. La joven, que, según su costumbre, estaba recostada sobre la ventana, no tardó en reconocerle.

Y la desilusión de aquella mañana fué el golpe de gracia para su virtud... Valauris seguía sonriéndole... Sigilosamente, Isabel cruzó el comedor sin ser vista de la abuela, que todavía no se había acostado, salió a la puer-

ta y se encontró ante el joven potentado que la contemplaba con pasión.

—¡Isabel!

—¡Carlos!

Un beso... Después otro... Y otro, y otro... Unas frases entrecortadas y un chillido gutural seguido de una explosión de llanto.

—No... no... No puede ser... Mis hijos... No puedo abandonarlos...

Sorprendido ante aquel cambio de frente, Carlos permaneció silencioso, esperando que aquella reacción no duraría. Pero, de pronto, entre la obscuridad apercibióse una sombra... Marlet, tal vez... Carlos dió dos pasos atrás y se ocultó entre el follaje.

—¿Quién es ese hombre? ¡Habla, desgraciada!

Era la abuela, la abuela a quien no escapaba nada en la casa, que siempre vigilaba y estaba atenta al peligro... Isabel, al verse descubierta, inclinó la cabeza sobre el pecho, estallando en sollozos...

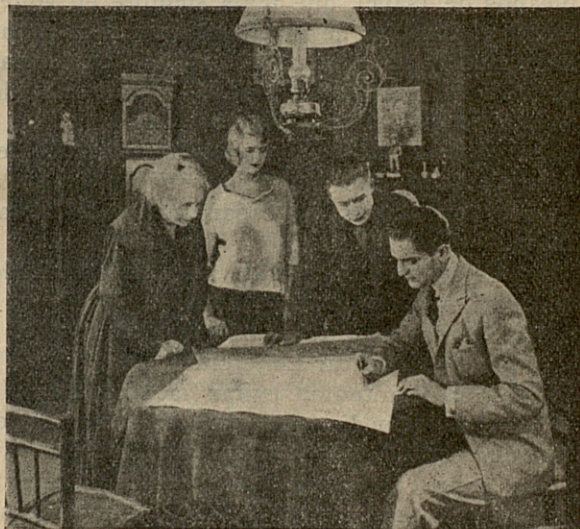
—¡Qué infamia! — gritó alocada la abuela. — ¡Dios mío! ¡Y mi pobre hijo que tanto te quería, que no sabía pensar en nada ni en nadie más que en ti!

—¡Perdón! — murmuró la desgraciada mujer hincando la rodilla en tierra.

—¿Perdón? No le puede haber para quien falta a un juramento sagrado. ¿Te atreverías

a presentarte de nuevo ante tus hijos y ante tu marido? ¡Márchate de aquí, mala mujer!

Horripilada ante la gravedad de su falta y comprendiendo que para ella no había perdón



—¿Tiene usted registrado el invento? — preguntó Carlos, dando una rápida ojeada a los primeros modelos.

posible, Isabel huyó, mientras la abuela contemplaba, con los ojos arrasados de lágrimas, aquel hogar que acababa de derrumbarse.

—¡Dios mío! — murmuró—. ¿Cómo decir la verdad a Pedro?

Y pasó toda la noche en vela, llorando amargamente. Amaneció el día, y con él, el cumpleaños de Isabel, que tenía siempre en aquel hogar el carácter de un acontecimiento. Amalia y Pedrín se levantaron muy contentos, para ir a felicitar a su madre. A las seis, de vuelta de su trabajo, llegó Marlet.

Llevaba en el rostro todas las alegrías del hombre sano que, cumplido su deber, va a dedicar sus horas de esparcimiento a la familia.

—¿Cómo es que mi café no está preparado todavía? — preguntó jovialmente.

La abuela le contestó con un gesto vago.

—¿Dónde está mi mujercita?

Era inútil intentar evitar la tragedia. No había más remedio que explicarle la verdad, toda la verdad, por horrible que fuese...

La pobre vieja levantóse temblequeante y acariciando suavemente la ancha frente de su hijo.

—Olvidala, hijo mío, olvidala — murmuró la abuela—. Es una mala mujer, que huyó anoche de esta casa! ¡Es una infame!

Pedro quedóse atónito al oír las palabras de su madre. Nubláronse sus ojos, cerráronse sus hercúleos puños, flojeándole las piernas...

—¡Yo la encontraré! — rugió Marlet, en

el paroxismo de su desesperación—. ¡Yo la encontraré, y encontraré también al canalla que me la ha robado!

Y, como un niño, pasada la primera crisis de furor, estalló en sollozos amargos, desesperados, de desconsuelo y de abatimiento.

—¡Madre! ¡Madre de mi alma! ¡Tu cariño es el único que no me engaña!

En aquel momento, Amalia y Pedrín, con su inocente ilusión de felicitar a su madre, salían del cuartito en que dormían.

—Papá... papá... ¿dónde está mamá?...

—Callad, callad — dijo la abuela—. Papá no se encuentra bien y mamá ha ido a la ciudad a buscar una medicina... Ya volverá, ¿sabéis?

Y aquella mujer de temple de acero, que sufría resignada todos los embates de la vida, alzó los ojos al cielo, como si quisiera pedir al Altísimo un poco de protección para aquellos seres que habían naufragado, momentos antes, en el mar proceloso de la vida...

Un lagrimón enorme rutiló en las mejillas de Pedro, mientras sus brazos enfebrecidos estrechaban fuertemente, como queriéndoles defender de un enemigo invisible, a sus inocentes hijitos.

III

FATALMENTE, inevitablemente, Isabel, al huir de aquella casa en donde sus más queridos seres le habían maldecido, tenía que caer en el pecado del que momentos antes se había salvado milagrosamente. Una tempestad la sorprendió aquella noche, y buscando un refugio que la resguardara de los elementos fué a llamar a la puerta de Carlos Valauris.

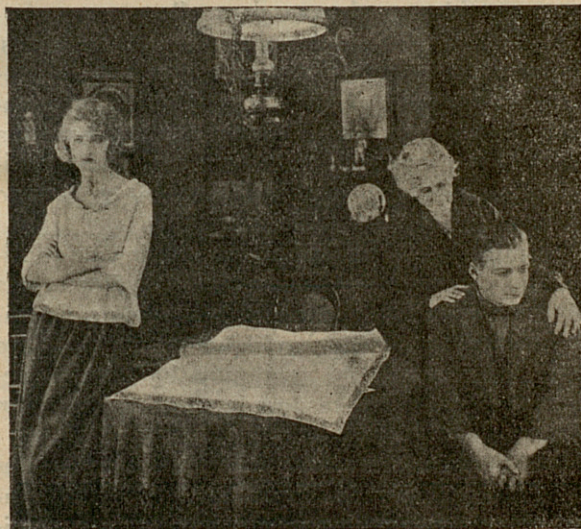
Este, que todavía no se había acostado, al oír llamar salió al balcón y a pesar de la obscuridad de la noche, reconoció a Isabel.

Sin perder un momento, bajó al portal, abrió y recogió en sus brazos a la joven, aterida de frío, vencida, muerta de sueño y de dolor.

—¿Lo ves como has venido? ¡Ya sabía yo que un día u otro te convencerías de que la vida te había de ser imposible allá abajo, en aquella choza inmundita! Ven... Voy a acostarte yo mismo... No tengas miedo... No quiero abusar de la situación... Esta noche descansarás, que bien lo necesitas, pobrecita... Y mañana principiaremos a tramarnos nuestros planes de felicidad futura...

Y así cayó Isabel. Cuando se produjo de nuevo en ella la reacción ante el delito come-

tido, era ya tarde... ¿Cómo volver al lado de Marlet? ¿Tenía ella derecho a implorar el perdón? No. Y, convencida de que la fatalidad del destino lo había querido así, abismó-



—No hay que descorazonarse, hijo mío... La opinión del señor Valauris no es infalible.

se en orgías inenarrables con Carlos Valauris que, enloquecido por la pasión insensata que había concebido por aquella mujer, em-

pezó a abandonar sus negocios y a dejar sus fábricas en manos inexpertas que ni administraban honradamente, ni dirigían con la habilidad necesario en toda industria. Los pocos dineros que le quedaban gastábalos en joyas, vestidos y plumas para ella...

—Don Carlos — decía el tenedor de libros, hombre ya anciano, meticuloso y que le profesaba un gran cariño, por haberle visto nacer — esto va mal... Como tropecemos una época de paralización, la caja no tendrá suficiente resistencia para sostener el golpetazo y vendrá una catástrofe inevitable.

—¡Bah! — respondía, sin perder su optimismo Valauris—. No es fácil que llegue esa época de calma que usted tanto teme. Mientras sigamos produciendo como ahora, claro que la situación no será muy halagüeña, pero tampoco tan desesperada que haya ningún temor de ir a un crack.

—De todas maneras, señor Valauris. — insistía el tenedor de libros, yo me permito indicarle la conveniencia de ir a una consolidación. Buscar un socio, pedir a los Bancos un crédito a larga fecha que nos deje respirar, ver el aplazamiento o renovación de los vencimientos importantes, contratar sólo las primeras materias estrictamente necesarias... En fin, todo aquello que pueda servir para conjurar un posible catástrofe...

Carlos, un poco preocupado, regresó aquel día a su casa con un humor de perros. Isabel, en cuyo espíritu empezaba a hacer sus efectos el remordimiento, le recibió contrita.

—Carlos — le dijo—, yo no puedo seguir esta existencia. Lo que hemos hecho ha sido una locura. Déjame volver a casa...

—La locura — respondió Carlos—, sería que tú ahora te presentases ante tu marido. ¿No ves que ni te querría abrir la puerta? Mira, lo que a ti te hace falta es distracción. Mañana mismo nos iremos a Italia, a pasar una temporada. No quiero verte ni un momento más de mal humor... ¿Estás contenta, ahora?

Y, ante la ilusión de ver otro cielo y respirar otro aire, Isabel volvió a sonreír y a sentirse dichosa. Al siguiente día, la culpable pareja tomaba el tren con dirección a la frontera italiana en donde otro convoy llevóla hasta Venecia. Allí, en la calma apacible de aquella ciudad encantada, los dos amantes hallaron distracción para olvidar sus deberes y su responsabilidad, y hasta para olvidarse, algunos ratos, de ellos mismos...

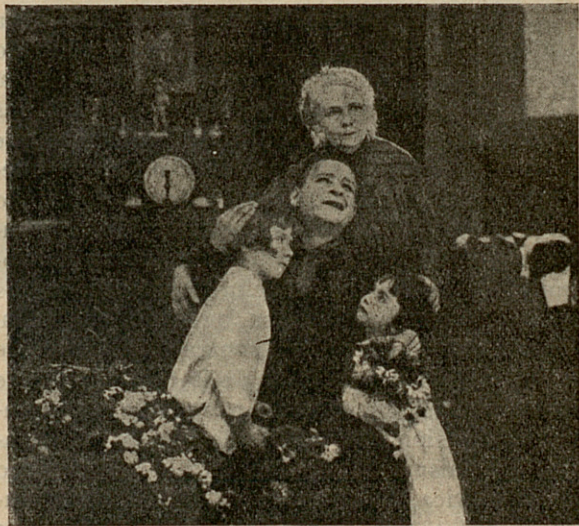
IV

ENTRETANTO, la vida, como un arroyo momentáneamente desviado de su cauce, volvió a seguir su curso normal en casa del capataz. Roque Martín pasaba casi todas sus horas libres en casa de Marlet y le ayudaba a distraer su tristeza y sus pesares. La abuela a pesar de sus años, se esforzaba para que no faltase nada en la casa y su hijo tuviese siempre todas sus cosas a punto. Pedro, por su parte, había conseguido un aumento de sueldo desde la partida de Valauris para Italia, partida cuyo motivo, así como sus ilícitas relaciones con Isabel eran desconocidas de sus más íntimos allegados, y con él subvenía a todas las necesidades del hogar.

Dos seres no habían podido consolarse de la misteriosa desaparición de Isabel, y estos eran sus hijos. La pequeña Amalia, sobre todo, no cesaba de soñarla, de ansiarla, de desearla... Con mucha frecuencia, se ocultaba en un rincón de la casa y lloraba amargamente, sin consuelo...

—Yo no puedo seguir aquí, madre — dijo un día Pedro Marlet—. Compréndelo. Esto es para mí una tortura de todos los días, de todas las horas, de todos los minutos. Me han

propuesto una colocación de seis meses en Italia, para organizar una fábrica e instruir a los obreros. Me ofrecen quinientas liras por semana, lo bastante para poder mandar el



—Callad, callad — dijo la abuela—. Papá no se encuentra bien y mamá ha ido a la ciudad a buscar una medicina...

mismo jornal que gano yo aquí ahora, vivir allá decentemente y regresar todavía con al-

gunos ahorrillos... Martin: a ti te dejo confiados a estos seres queridos durante mi ausencia. Tu eres mi mejor amigo, casi mi hermano, y sé que velarás por ellos tan bien como podría hacerlo yo...

Y una semana más tarde, Marlet salía para Italia en donde los seis meses de su contrato se deslizaron sin que l casi se diera cuenta. El ímprobo trabajo a que estaba sometido, las preocupaciones de los múltiples problemas que a cada momento se le presentaban en la nueva fábrica, la dificultad del idioma, todo ello le produjo una saludable distracción. Si hubiese podido tener la suficiente fuerza de voluntad para separarse definitivamente de los suyos, Marlet se hubiese quedado en Italia. Pero cuando venció su contrato, a pesar de la insistencia del director de la fábrica, que se empeñaba en conservarle a su lado, le anunció su decisión irrevocable de regresar a Francia. La misma tarde que terminó el trabajo en la fábrica, telegrafió a su abuela anunciando el regreso y, alegre, con una alegría que no había sentido nunca desde la huída de su mujer, se marchó a despachar su pasaporte.

Trágico fué el viaje de Marlet. Momentos antes de llegar a Ventimiglia, el tren que iba chocó con otro que llegaba en dirección contraria. Cuando llegaron los primeros socorros, la confusión era tal, que la documentación de

Marlet fué a parar sobre el cuerpo de un herido gravísimo que falleció minutos después. Pedro, herido también de gravedad y privado, de momento, por la impresión recibida, del uso de la palabra, fué colocado en una cama sobre la que puso la mención "Desconocido" correspondiente a los heridos sin identificar.

V

EL sol caía a plomo sobre el riachuelo, medio oculto por la vegetación. Era domingo y Roque Martin, después de haber hecho su cotidiana visita a casa de Pedro Marlet, balanceaba plácidamente su caña de pescar sobre las aguas nítidas y azuladas...

De pronto, el ruido de un motor en la carretera cercana le sacó de su ensimismamiento.

—¿Quién diablos debe pasar por allí? — se dijo.

La curiosidad le movió a volver la cabeza.

—¡Toma! ¡Si es el coche del patrón! ¿Ya ha vuelto de Italia? Mala señal, es que las cosas de la fábrica no van bien... Cualquiera día se cierran los talleres y nos quedamos todos en la calle...

El coche se aproximaba. Cuando dió la

vuelta al recodo que formaba en aquel lugar la carretera y Roque pudo ver quienes eran los ocupantes del auto, su sorpresa y su indignación no tuvieron límites.

—¡Pero es posible! — exclamó en voz alta, como si no se atreviera a dar crédito a sus ojos—. ¡El patrón con Isabel! ¡Ahora me explico porque ese bandido dijo que el motor de Pedro no valía nada!

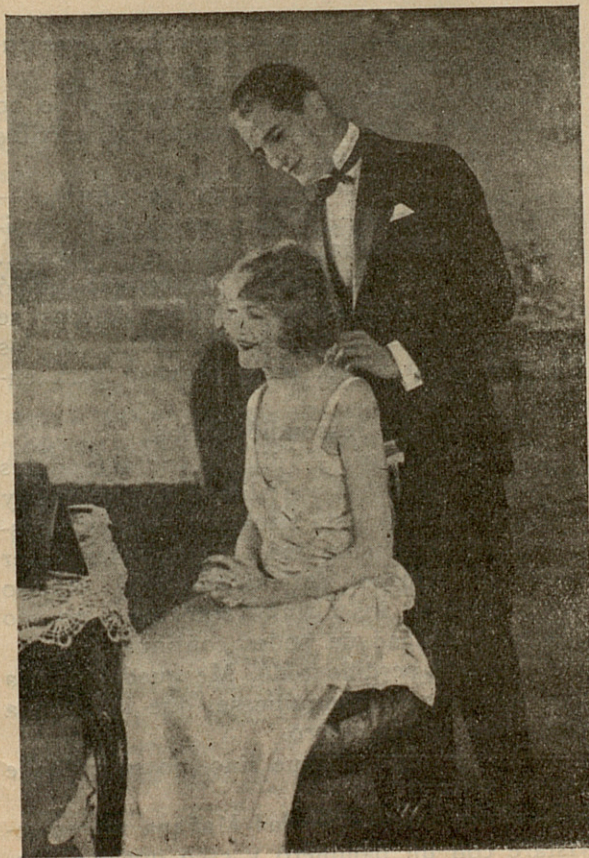
De ser posible alcanzar el vehículo en su veloz carrera, Roque se hubiese lanzado en su persecución y mal lo hubiesen pasado los dos amantes. Pero se dió cuenta de la inutilidad de su esfuerzo y volvió a sentarse sobre la mullida hierba...

Al día siguiente, cuando llegó a la fábrica, un empleado bajó a verle:

—Haga el favor de subir al despacho del señor Valauris que desea darle un recado, — le dijo.

De bastante mala gana, Roque obedeció.

—Tengo que darle una mala noticia — díjole Carlos Valauris—. Acaban de telegrafiar-me aquellos amigos de Italia que montaron la fábrica a donde fué a trabajar su amigo Marlet que éste ha perecido en el accidente ferroviario ese de Ventimiglia. Haga el favor de ir a ver a su familia y comunicarle la noticia, con las precauciones del caso.



Los pocos dineros que le quedaban los gastaba en joyas para ella...

Anonadado ante aquella noticia, Roque tuvo que recostarse contra la pared.

—¡Pobre amigo mío! — exclamó—. Yo no tengo valor para ir a comunicar tan terrible noticia a su familia...

—Usted era el mejor amigo del difunto — insistió Valauris—. Nadie mejor por consiguiendo, para realizar esta misión dolorosa...

Roque, profundamente trastornado, salió del despacho del señor Valauris. Apenas se hubo marchado, el tenedor de libros, con los nudillos de la mano, pidió permiso para entrar.

—Adelante — respondió Carlos.

—Señor Valauris — dijo el contable, antes de marcharse usted a Italia se lo dije y hoy debo repetírselo. Esta situación no puede sostenerse un momento más. Para poder hacer frente al semanal del sábado será preciso echar mano de los últimos recursos y no veo ya la posibilidad de poder continuar.

—No está perdido todo. Me queda todavía una esperanza. Tranquilícese, que la semana que viene habrá dinero.

—Dios le oiga, porque sino, no sé a donde vamos a parar.

—¡Nada, hombre, nada! Mañana me entrevistaré con un banquero y creo que me adelantará el dinero necesario para salir adelante.

El plan que Valauris iba a poner en práctica era tan monstruoso como atrevido, pero aquel hombre sin escrúpulos estaba dispuesto a no retroceder ante el mayor crimen para salvar su nombre y su fortuna. Se fué a casa y, después de comunicar a Isabel sus optimismos prometiéndole nuevos regalos, marchó a entrevistarse con el banquero que creía le resolvería aquella situación.

En breves palabras le expuso su plan. Se trataba de lanzar al mercado un nuevo motor, para la compra de cuya patente y primeros gastos de puesta en marcha le eran precisos quinientos mil francos.

—Bien — respondió el banquero—, traiga usted los planos, y se podrá hacer la operación. De momento, si necesita usted diez o doce mil francos, hágame una letra a treinta días y se realizará la operación.

Nada resolvía Valauris con aquella suma, pero la aceptó, aunque nada más fuese para hacer callar algún acreedor insignificante. Una vez el dinero en el bolsillo, Carlos se despidió del banquero y se fué a casa del que suponía su difunto capataz.

VI

S EÑORA — dijo Valauris, así que hubo traspuesto los umbrales de aquella casa en donde desde hacía tanto tiempo se cernía la desgracia—. He sentido mucho la muerte de su pobre hijo, y quiero hacer algo en beneficio de ustedes. Para que esto no pueda parecer una caridad, si usted quiere, yo le compraré los planos del motor del pobre Pedro, y le daré tres mil francos...

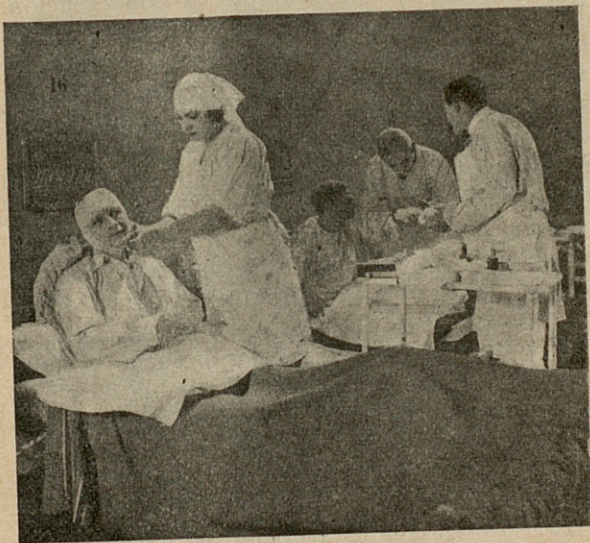
La miseria amenazaba la casa... Por otra parte, muerto Pedro, ¿qué iba a hacer ella con los planos? La abuela aceptó, con gran alegría la proposición del falaz Valauris, que le entregó enseguida un documento, redactado a propósito.

—Únicamente para que yo tenga un justificante, si me quiere usted hacer el favor de firmar este documento...

La abuela cogió una pluma y, a trazos irregulares y temblorosos, empezó a estampar su firma. Pero en aquel momento se abrió la puerta violentamente y Martin, que, había escuchado la conversación, irrumpió furioso.

—¿No le basta a usted haberle robado al pobre Pedro su mujer, que ahora quiere usted robarle su fortuna? ¡Canalla! ¡Ladrón! ¡Largo de aquí!

Carlos se descompuso. Temblando como una liebre, cogió el sombrero y, sin decir una palabra, huyó, mientras la abuela lloraba silenciosamente...



Pedro fué colocado en una cama con la mención: "Desconocido".

—Entonces,—murmuró la pobre vieja ¿era él?

—Si... era él, el canalla que robó al pobre

Pedro el cariño de Isabel... ¡Pero tarde o temprano, expiará sus culpas, se lo juro! ¡Tal vez otros se cuiden de vengarnos!

Un gemido angustioso, que partía del cuarto de los niños, interrumpió la conversación. Era la pequeña Amalia, que, triste y melancólica por la pérdida de su madre, se asfixiaba bajo el estertor de un ataque de difteria aguda...

Llamaron al médico. El estado de Amalia era inquietante. Sobre todo, su tristeza era lo que más preocupaba al facultativo.

—Si su madre pudiera volver a su lado, tal vez la alegría de verla de nuevo, le daría energías para sostenerse durante el curso de la enfermedad.

Y entonces, aquella mujer heroica, aquella santa que llena de indignación había arrojado de casa a la perjura, tuvo un gesto sobrehumano de humildad y de sacrificio.

—Iré yo misma, a casa de Valauris, a pedirle de rodillas que vuelva...

Era precisamente la noche de Navidad. En la villa en que Carlos albergaba a su amante, reinaba la orgía y el desenfreno.

—Diga usted a la señorita Isabel que está aquí su madre, y que desea verla,—dijo la abuela al criado que salió a abrirle.

Isabel, al pasarle recado, manifestó la mayor extrañeza. ¿Su madre? Había muer-



Se fué a casa y después de comunicar sus optimismos a Isabel prometiéndole nuevos regalos...

to, la pobrecita, hacía muchos años... Por curiosidad, salió. Un terror pánico, un sentimiento de arrepentimiento grandioso, innarrable, se apoderó de la pecadora al hallarse ante aquella martir.

—Perdón... abuela... — Sollozó.

—Yo te perdonaré —dijo la viejecita — si vienes al lado de Amalia que se está muriendo y te reclama...

Casi sin dar tiempo al criado de que le pudiese una capa de seda sobre su traje de soirée, Isabel, cogida del brazo de la viejecita, corrió hacia la casa de donde desertara, en busca de una vida engañosa de lujo y ostentación. Amalia, al verla, se volvía loca de alegría... Cuando Roque llegó como de costumbre a ver a la enfermita, la fiebre había desaparecido y ya el peligro estaba conjurado. La equivocada esposa, al salvar a su hija, había en parte, redimido su pecado...

VII

VALAURIS no había podido dormir aquella noche. Perdidos los planos, toda esperanza de salvación se había esfumado para él. Por la mañana, el tenedor de libros volvió a entrar en su despacho.

—Señor Valauris — le dijo — mañana es

sábado. Se necesitan cien mil francos para la nómina y no hay un céntimo en caja.

—Bien — contestó Valauris. — Los tendrá usted aquí antes de mediodía.

Carlos contestó aquello como podía haber dicho que dieran orden de cerrar la fábrica. Sabía que no había solución. ¿A qué desesperarse?

Un botones le entró el correo. Entre el montón de cartas, había una de Isabel. Carlos rompió el sobre y sólo pasó su vista por las últimas líneas:

“...y he vuelto a ocupar en el hogar que nunca debí abandonar, el lugar que como madre me corresponde. Desde hoy, procuraré redimirme, aun a trueque de sufrir mucho, que bien merecido lo tengo...”

Valauris arrojó la carta al cesto de los papeles. ¿Qué le importaba ya Isabel? Encendió un pitillo y empezó a reflexionar... ¿Había solución posible? No se le aparecía por ninguna parte...

—Don Carlos — murmuró la voz del botones —. Aquí hay un telegrama.

Valauris lo abrió nerviosamente y sus ojos se dilataron de sorpresa y de espanto. Decía así:

“Error cometido anunciando mi muerte. Regreso inmediatamente. Ruégole preparar madre e hijos. — Pedro Marlet.”

Carlos no vaciló un instante. Abrió el cajón de la mesa, sacó un revólver y se disparó un tiro en la cabeza... Hasta la hora de cerrar el escritorio, que le hallaron frío y yerto, nadie se dió cuenta de lo ocurrido...

Los periódicos del día siguiente, al tiempo que daban cuenta de la muerte de Carlos Valauris, anunciaban la resurrección de Pedro Marlet, que aquella misma noche había tenido una reunión con los acreedores del difunto, quienes, para salvar sus intereses, le habían asociado al negocio poniéndole al frente, a fin de emprender enseguida la fabricación del motor de su invención. Roque Martín ocupó el puesto de capataz que antes ocupara Marlet. Y la arrepentida Isabel, redimida de su culpa, pudo alcanzar el perdón de su marido y reanudar su vida de esposa y de madre, que una ambición y una presunción desmedidas le hicieron abandonar un día...

FIN

